

HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

LA IDEA DE NACIÓN EN COLOMBIA Y ARGENTINA

Los proyectos ideológicos que orientaron la construcción del Estado nacional¹

Arturo Claudio Laguado D.²

In both Argentina and Colombia, the national state came to be consolidated, between 1880-1910. However, the way in which these states came together and the characteristics of each country can be attributed to endogenous forces. These forces will be studied to sequel, though the central point that formed the discourse in each country. The work also examines the role played by the idea of nation in the ideological discourse that supported the construction of each state.

Este trabajo se enmarca en la perspectiva de la sociología histórica, para desde allí indagar por las ideas que guiaron la construcción de los Estados nacionales en Colombia y Argentina. Aunque por motivos metodológicos, en numerosas ocasiones se hace referencia a la construcción del Estado en ambos países, el tema de este artículo se circunscribe a las ideas de las elites durante la Regeneración, en el caso colombiano, y, en el largo período que transcurre en Argentina desde la publicación de *Facundo*, en 1845, hasta que en la década de los ochentas este proyecto cristaliza definitivamente, durante las presidencias de Julio A. Roca.

Pero ¿por qué la comparación de Colombia con Argentina? Si bien en la elección de los países en cuestión participaron los intereses personales del autor y cierta ventaja que proporcionaba un relativo conocimiento del proceso histórico de ambos, no menos importante fue la convicción de que el recurso comparativo es un poderoso medio para evitar generalizaciones abstractas o verdades de perogrullo. Pero, además, a pesar de que las dos repúblicas hacen parte del grupo de países llamados “grandes” en la región, en el nivel del discurso, éstos representan dos posiciones que se sitúan en extremos opuestos del espectro. Si Colombia se ha caracterizado por cierta reticencia a la aceptación de las

-
- 1 Este artículo hace parte de la tesis titulada *Pragmatismo y voluntad. La idea de nación en la construcción del Estado nacional en Colombia y Argentina*, que adelantó el autor para optar al título de magister en sociología de la Universidad Nacional.
 - 2 Sociólogo, Universidad Cooperativa de Colombia; antropólogo, Universidad Nacional; magister en sociología, Universidad Nacional; profesor Universidad del Rosario.

ideas que circulaban en el contexto internacional, Argentina, por su parte, desde muy temprano fue muy permeable a ellas. Si en Colombia se optó por soluciones ideológicas de compromiso, Argentina maduró en un radicalismo liberal que desconoció las posiciones transaccionales. En fin, si el pragmatismo colombiano configuró la particularidad del país, el voluntarismo argentino estableció la originalidad de Buenos Aires. Voluntarismo y pragmatismo definen dos proyectos nacionales diferentes. Ambas opciones dentro del mismo proceso de construcción del Estado nacional que, en los dos países, se llamó regeneración (aunque en Argentina no hiciera carrera el concepto).

Con el objetivo de comparar estas ideas se estudiaron los numerosos escritos políticos de los sostenedores de estos proyectos nacionales. Núñez, José María Samper, Carlos Holguín, Miguel Antonio Caro y Sergio Arboleda fueron algunos de los autores consultados para Colombia. En Argentina, además de Sarmiento, son fundamentales para el período, Alberdi, Mitre, José Hernández, Esteban Echeverría y Julio A. Roca, dentro de la inmensa pléyade de intelectuales que dieron forma ideológica al proyecto liberal en ese país. Por motivos de extensión se ha evitado, hasta donde fue posible, cargar el texto con citas.

I

Tanto en Argentina como en Colombia, la consolidación del Estado nacional se da durante el período comprendido entre 1880-1910, aunque la fortaleza y características de estos Estados varíen como resultado de su desarrollo endógeno. La debilidad crónica del Estado colombiano y su irregular vinculación al mercado mundial hasta la década de 1910, contrastan con el acelerado crecimiento económico de Argentina y la expansión de una poderosa economía exportadora desde 1870 hasta su crisis en la segunda mitad del siglo XX.

Sin embargo, en ambos países, el período no se superpone totalmente en el tiempo. Merced a una más temprana y poderosa vinculación al mercado mundial y a un consenso sólidamente gestado durante un lapso de alrededor de cuarenta años, Roca podrá concluir esta obra junto con el siglo XIX. En Colombia se dilatará el proceso, por la fluctuación de la economía exportadora, que apenas comenzará en 1905 su crecimiento sostenido (Bergquist, 1988), luego de la interrupción producida desde 1896, y por la fragilidad del consenso tejido en torno a los presupuestos de la Regeneración que se manifiesta en las guerras de 1895, y especialmente en la de los Mil Días que dejará al país en la ruina. El proyecto de Núñez sólo se materializará en el quinquenio del general Rafael Reyes.

Pero desde 1880 confluyen en ambos países los elementos típico-ideales que caracterizan el Estado nacional: centralización política (así sea en un régimen federal como en Argentina) bajo un liderazgo carismático; eliminación de las barreras comerciales locales en aras de construir un mercado nacional; vinculación sostenida al mercado mundial; monopolio de la fuerza por el Estado, que garantice una sociedad en paz; fortalecimiento del Estado central por la importancia de los ingresos fiscales; control jurídico y político del territorio; formación de una burocracia estatal (Pérez, H., 1996, p.84-5).

Todos estos factores formativos de los Estados modernos se manifiestan en la centralización del poder que se expresa en tres instituciones, a saber: "a) La formación de un ejército profesional permanente³. b) La consolidación de un cuadro administrativo profesional que da lugar al 'aparato burocrático' encabezado por el gobierno. c) El desarrollo de un sistema institucional encargado de administrar la justicia" (Serrano G., E., 1998, p.11-2).

Por otra parte, la formación del Estado moderno no es independiente de la formación de la nación misma; sin negar por ello que la nación es un fenómeno más amplio y complejo que la centralización del poder político que da

3 El debate contemporáneo colombiano, por razones obvias de la coyuntura nacional, enfatiza en el monopolio legítimo de la fuerza apoyándose en Weber y Elías. Sin embargo, en tanto organización institucional, no son menos importantes los otros dos elementos mencionados por Serrano.

lugar al Estado. La conformación del Estado nacional implica entonces la coincidencia en un territorio de una comunidad de personas que aspira a autodeterminarse políticamente, con una serie de instituciones que garanticen el monopolio de la fuerza, su administración y un régimen judicial

Entre los historiadores hay consenso de que estas características se concretan en Argentina durante el período de Roca. A pesar del perfeccionamiento del régimen federal que adelanta Roca mediante la reforma constitucional de 1880, que erige a Buenos Aires como capital de la República, no hay duda de que su gobierno produce la mayor centralización del poder legítimo que existiera en la joven república, mucho más que Rosas, quien gobernó como *primus inter pares*. José Luis Romero, poco simpatizante del roquismo, al que llama oligarquía, así lo expresa: "En cuanto a los ideales de renovación estatal, la oligarquía concibió el plan audaz de darle al país un sistema jurídico que correspondiera a la heterogénea sociedad que lo constituía. En lugar del vetusto Estado semicolonial que perduraba hacia 1880, parecía urgente crear un Estado moderno y vigoroso, dotado de los instrumentos legales que facilitarían la plena utilización del caudal humano que ahora poseía para la realización de los sueños de grandeza material. Toda coerción espiritual, toda fuerza que compitiera con el Estado tenía que ser barrida; todos los instrumentos de gobierno, en cambio, tenían que ser perfeccionados y concentrados en el Estado. Pero no menos importante pareció a la oligarquía que el Estado quedara totalmente en sus manos, aun a riesgo de tener que abandonar los principios políticos que parecían consustanciados con la doctrina liberal" (Romero, J.L., 1946, p.188).

También Halperin Donghi encuentra un hito fundacional durante este período. "Ya quienes los vivieron, vieron en los sucesos de 1880 la línea divisoria con una etapa nueva de la historia argentina. En 1879 fue conquistado el territorio indio; esa presencia que había acompañado la entera historia española e independiente de las comarcas platenses se desvanecía por fin. Al año siguiente el conquistador del desierto era presidente de la nación, tras do-

blegar la suprema resistencia armada de Buenos Aires, que veía así perdido el último resto de su pasada primacía entre las provincias argentinas. La victoria de las armas nacionales hizo posible separar de la provincia a su capital, cuyo territorio era federalizado [...] Más que la victoria del Interior, del que era oriundo (hijo de una familia tucumana de complicada historia y divididas lealtades políticas), el triunfo de Roca era el del Estado central, que desde tan pronto se había revelado difícilmente controlable, sea por las facciones políticas que lo habían fortificado para mejor utilizarlo, sea por quienes dominaban la sociedad civil" (Halperin D., s/f, p.xcv).

Pero no sólo en lo jurídico y administrativo Roca inicia una gran reorganización; consolidar un ejército moderno que impidiera nuevas sublevaciones de los caudillos regionales, según Halperin, fue su interés inmediato. "El primer objetivo del nuevo presidente es la creación de un ejército moderno; incluso el segundo, -rápido desarrollo de las comunicaciones-, lo ve predominantemente desde esa perspectiva; si no deja de aludir a la 'profunda revolución económica, social y política' aportada por los ferrocarriles y el telégrafo, es esta última la que le interesa sobre todo: gracias a ella, se ha alcanzado la unidad nacional, se ha vencido al espíritu de monotonía, y se ha hecho posible la solución de problemas que parecían irresolubles" (Halperin D., s/f, p.xcvi).

Para el caso colombiano el consenso no es tan explícito, quizás como reacción a la historiografía tradicional, por peculiaridades ideológicas de la "nueva historia" colombiana que privilegió los innegables aspectos conservadores de la Regeneración sobre su papel en la construcción del Estado nacional, o porque el tema no ha sido explorado profundamente. Sobre lo que sí hay acuerdo es sobre el fracaso del período radical del que se puede decir, parafraseando la afirmación de Oszlak sobre la Confederación Argentina, que la derrota militar era una continuación de su total fracaso en la organización del país. Como lo señala Pécaut: "Treinta años después, en 1880, llegará la hora de un nuevo balance: el del fracaso de una modernización que no ha suscitado la cohesión nacional prometida, sino una

mayor fragmentación y mayor rigidez en la estructura social”, para agregar más adelante que “el debilitamiento del poder del Estado, la falta de profesionalismo en el ejército, la fragilidad de la burguesía comercial, todo ello conduce a acentuar el efecto de los factores geográficos desfavorables a la unidad nacional” (Pécaut, 1987, p.31 y 49).

Con la vinculación permanente de la economía colombiana al mercado mundial por la producción de café —a pesar del interregno entre 1896-1904— y la centralización del Estado sancionada en la Constitución de 1886, comenzó el proceso de organización institucional que Pécaut ha llamado modernización conservadora. Se fortalece el poder presidencial, limitado hasta entonces a dos años, y el poder estatal, reduciendo definitivamente el poder de los caudillos locales. Se crea un Banco Nacional que permite al Estado (igual que en Argentina) cierto control sobre la economía; se fortalece el fisco por la imposición de tarifas aduaneras y se suprimen la aduanas internas; se instituye la unidad jurídica del país y se decreta el monopolio de las armas en manos del gobierno central, al tiempo que se comienza la profesionalización del ejército, que en 1891 será entrenado por la misión Lemly. El fortalecimiento económico que permitió la imposición de aranceles, más el auge de la exportación de café, permitirá adelantar obras de infraestructura tendientes a vincular al país con los puertos, para lo cual se consideraba necesario un Estado central fuerte. También se intenta la organización universal de la educación en manos de la Iglesia Católica, la cual, en adelante, asumirá el papel de garante de la unidad nacional.

Si bien estas iniciativas que guiaron a la Regeneración en su primera etapa sufrirán un largo receso durante lo que Bergquist llama “la degeneración de la Regeneración”, hasta que Reyes las impulse vigorosamente, no hay duda de que ellas son el plan de constitución del Estado nacional que orientarán el quinquenio y la entrada de Colombia en el siglo XX.

Como ya hemos mencionado, la construcción del Estado fue acompañada por un discurso sobre la nación. Para la generación que pensó la construcción del Estado nacional, sea por necesidades o por convicción o, más pro-

bablemente, por ambos factores, la creación de un Estado moderno era paralela a la constitución de la nación ¿Cuáles fueron los ejes que estructuraron ese discurso en cada país? ¿Qué papel juega la idea de nación en tanto discurso ideológico que apoya la construcción de este Estado?

II

A pesar de tender hacia el mismo objetivo de legitimar y orientar la construcción del Estado nacional, en muchos aspectos la idea de nación en Colombia y Argentina está en las antípodas. Si en Colombia el proyecto se basó en recuperar los elementos que proporcionaba la tradición y que definían la identidad para construir sobre ellos la unidad nacional, en Argentina la construcción de la nación fue vista como un objetivo abierto hacia adelante que, sin recoger casi el pasado, se fundamentó en la idea de progreso cuya meta era una nación de ciudadanos.

Estos diferentes puntos de partida están asociados a orientaciones ideológicas distintas: las ideas de Spencer, John Stuart Mill, Bentham y Comte, y una inmensa admiración por Estados Unidos, alimentaron el pensamiento argentino, mientras que en Colombia se conjugaron la orientación ideológica de De Maistre y el *Syllabus* del Papa Pío IX, que guiaron la corriente conservadora de la Regeneración, con la fidelidad que mantuvieron Núñez y Samper al pensamiento liberal anglosajón y, sobre todo, al modelo de sociedad que representaba Inglaterra y que, en su imaginario, se podría sintetizar como cohesión social basada en la tradición, tolerancia religiosa y respeto de la ley. Además, a juzgar por las referencias del mismo Núñez, su catolicismo parece más influido por la doctrina social católica del Papa León XIII. En todo caso, como veremos más adelante, estas diferentes concepciones parten también de interpretaciones del contexto sociohistórico en el que se produjeron.

El relativo desprecio por la tradición que manifiestan los argentinos, se deriva de la certeza de que no hay elementos de la nacionalidad rescatables sobre los cuales se pueda cons-

truir la ambicionada nación de ciudadanos. Aunque Alberdi y Sarmiento creen que el devenir histórico—colonial y revolucionario— y las condiciones geográficas definen la unidad territorial argentina, la falta de población y la situación presocial que impone el desierto los llevó a concluir que, de existir algún rasgo de identidad nacional, ésta era la barbarie. Alberdi lo dice claramente en sus *Bases*, “lo único que tiene Argentina de nación es el nombre”; en otras palabras, la voluntad de serlo.

En esta lógica de combate contra el desierto—cuna de la barbarie— la inmigración, la instrucción pública y el progreso son los términos de la ecuación sobre la que se construirá una nueva nacionalidad. Ésta será resultado del aporte cultural de los inmigrantes europeos que, cohesionados por medio de la educación y el progreso económico, derrotarán la barbarie que impide la construcción de la nación moderna. Por tanto, la unidad nacional no se buscaba en un lazo anterior que residiera en la religión o la lengua, sino que aquélla será una meta que se alcanzará por la acción de los elementos cohesivos mencionados.

El pensamiento colombiano es más complejo. En una aproximación más elaborada se define la nacionalidad como el espíritu de un pueblo producto de la acción de la historia compartida, de la cultura, de la organización política y de la convivencia en un territorio que, todos unidos, configuran un carácter y unas tradiciones sostenidas por la lengua y la religión. Para los intelectuales colombianos, los elementos de la nacionalidad, especialmente los “etnográficos”, ya estaban consolidados en el país, y son ellos los que garantizaban la unidad, a diferencia del caso argentino donde el énfasis está en el territorio.

Este abordaje de los intelectuales colombianos parte de la afirmación de una nacionalidad anterior a la organización del Estado nacional, que lleva a concebir la nación como una entidad superior a los individuos que la componen, especialmente en Caro y Arboleda; a

diferencia del caso argentino que la concebía como una comunidad de intereses al estilo del “contrato comercial”. Pero, sea que se conciba la nacionalidad como una entidad ya constituida y plasmada en el sentimiento religioso y la unidad lingüística (Caro, Arboleda), o como una “realidad sociológica” que debe acabar de constituirse con instituciones adecuadas (Núñez, Samper); que se la considere anterior y superior a los partidos (Caro) o a los partidos como constitutivos de ésta (Núñez); los hombres de la Regeneración creen que lo “unitario” (el principio de unidad) descansa en esta preexistencia de la nacionalidad colombiana.

Esta concepción de la nacionalidad que guía el proyecto regenerador está asentada en una valoración positiva de la identidad nacional. Si bien Núñez es crítico del aporte de la herencia española, y en ese sentido su estimación de la utilidad de las tradiciones heredadas es matizada, su distanciamiento de España no pasa por referencias al “alma latina” o a la “raza española” tan en boga entre los liberales⁴, sino por la historia de autoritarismo de ese país y por la necesidad de imponer una disciplina del trabajo y de la ley sobre esos rasgos culturales heredados. Núñez recurre a la tradición buscando apoyarse en ella para hacer una síntesis entre elementos modernizantes (ética del trabajo, respeto a la ley) y conservadores (es decir, que conserven el orden social). Caro y Arboleda no sólo rescatan sin ambages el aporte cultural español sino que, además, consideran positivo el mestizaje que tanto desagradara a Sarmiento. Arboleda es especialmente sugestivo. Para él la barbarie no era lo americano, sino la dictadura; reafirmando así su compromiso con la democracia. El mestizaje es considerado en esta vertiente de la Regeneración un importante mecanismo integrador; incluso Arboleda y Caro llegan a afirmar que la raza española se enriquece con el aporte étnico de América. Despreciar lo español implica entonces despreciar lo americano; en definitiva, un autodesprecio que impide proyectarse hacia adelante, dirá Caro.

4 A pesar de su conversión al conservatismo, José M. Samper, se mantiene dentro de la tradición liberal, que tuvo tanto eco en América Latina, cuando desprecia en términos raciales lo español y lo indígena con adjetivos similares a los de Alberdi y Sarmiento: ineptos para la democracia y para el trabajo disciplinado.

La nación no es entonces la suma del aporte de individuos, aunque Samper es más ambiguo en este punto, sino de distintos elementos étnicos integrados por la religión católica. La nacionalidad colombiana será vista como el resultado de la contribución española e indígena, apoyada en la lengua y el catolicismo.

Esta percepción es totalmente contraria a la valoración del aporte autóctono que hace la llamada generación del 37 en Argentina, cuyas figuras más destacadas fueron Alberdi y Sarmiento. Consideraban estos hombres, no sólo que no existía una nacionalidad ya formada, sino que sólo se podría conformar con la contribución poblacional de la inmigración europea. Ni los indígenas, ni los españoles podían ser “razas” aptas para construir la nación moderna, pues para ellos el problema de la nación era concebido fundamentalmente en clave política. La democracia liberal debía ser la característica de la nueva nación, y ni España ni los aborígenes americanos parecían dotados para ella.

El mestizaje tampoco era una alternativa viable. Su resultado, el gaucho, el jinete de las montoneras, el soldado de los caudillos, era la personificación de la barbarie. Pues el gaucho, producto del “mal del desierto”, fue visto como un ente presocial, incapaz de trabajo sostenido y rutinario, irrespetuoso de la ley y refractario a la vida en sociedad y a los valores de la civilización europea. Si existía alguna identidad argentina, ésta era la barbarie que se manifestaba en una serie de hábitos formados en la desafortunada conjunción de la cultura española, el mestizaje y la geografía.

Hábitos que se manifestaban en la imposibilidad para la vida en sociedad: no hay respeto a la ley cuando se puede escapar de la justicia huyendo al desierto; no hay escuelas, ni municipalidad, ni gobierno cuando las casas se distancian kilómetros unas de otras; no hay disciplina para el trabajo, cuando cada día trae sus afanes y sus ritmos y el hambre se satisface carneando una res; no hay civilización, cuando el orgullo del gaucho torna risibles las costumbres y hasta la vestimenta urbana, dirá Sarmiento.

Pues es en la ciudad—concretamente en Buenos Aires—civilizada, europeizada, y

“desespañolizada”, donde se estaba gestando la nación futura. Coexisten así dos identidades irreconciliables: una rural, tradicional y bárbara; la otra, en gestación, urbana y cosmopolita.

De la misma manera que la identidad nacional debería ser el producto de un proceso de urbanización cultural del país, para la generación del ‘37 la creación de una conciencia colectiva que forjara la unidad nacional sería el resultado del progreso y la educación que “nacionalizaran” a los inmigrantes. Progreso que se daría gracias al incremento de la riqueza nacional por la industrialización, para Alberdi, o por la formación de una nación de pequeños propietarios rurales, para Sarmiento. Pero ambos coinciden en que la unidad nacional se dará como unidad de intereses de los individuos que componen la nación; pasos previos hacia esos objetivos son la integración territorial, los ferrocarriles; el poblamiento, la derrota del desierto, y la educación.

De esta comunidad de intereses individuales, impulsados por un progreso común, se esperaba ver surgir una moral pública. Es el progreso, no la religión, la base de esta nueva cultura pública, por eso para Alberdi el problema religioso era “una cuestión de economía”, no de salvación. Progreso, educación y disciplina social aprendida en el trabajo y las costumbres urbanas, se complementan con el respeto a los símbolos patrios y una política electoral integradora (como meta, dirá Alberdi; desde ya, pedirá Sarmiento).

En Colombia, la Regeneración recurrirá a la integración nacional por el rescate de los elementos de identidad y no en una apuesta a futuro. Las constantes referencias a la realidad social, política y cultural del país (que a la larga constituirán la “particularidad colombiana”) contrastan con el voluntarismo argentino. Lo que también ilustra preocupaciones diferentes. Si la generación del 37 tenía como preocupación fundamental el progreso, la Regeneración consideraba que ese progreso sólo sería posible si se gestaba dentro de una fuerte cohesión social dada por la unidad nacional. Es en esta preocupación donde se le atribuye a la religión católica el papel de elemento cohesivo y de principio del orden (aunque en Caro tome matices más fundamentalistas).

Por otra parte, los regeneradores no conciben instituciones ajenas a la "realidad sociológica" del país. Así, si Caro podía tener motivaciones de principio para defender la primacía del catolicismo en el país, el pragmatismo llevaba a Núñez a no desperdiciar ese elemento cohesionante de la nacionalidad. En todo caso, por diferentes motivos, las dos vertientes de la Regeneración estaban convencidas de que para que el país pudiera encontrar la senda del progreso era necesario fortalecer el sentimiento colectivo de pertenencia y la unidad nacional. En la religión católica encontraron un elemento constitutivo de la nacionalidad que, a su juicio, podía fortalecer la conciencia colectiva. Por tanto, si para Caro y Arboleda la religión era el único principio de unidad posible (de ahí sus dudas sobre el éxito futuro de Estados Unidos como nación), para Núñez y Samper el sentimiento religioso era uno de los muchos principios posibles para forjar la unidad nacional y, eso sí, el que mejor se adaptaba a las características de la nacionalidad colombiana. Todos, sin embargo, están de acuerdo en que el catolicismo es "lo único que ha podido hermanar las tres razas del continente".

No significa que, a diferencia de Argentina, la educación como institución integradora sea olvidada. Pero el sentido de esta integración es diferente. Aunque no hay un desprecio por el rol que cumple la instrucción pública como motor del progreso, la educación, en tanto base del orden moral, juega el papel de reproductora del elemento de cohesión, es decir de la religión. Es coherente, en esta lógica, que se encargue a la Iglesia Católica la educación pública mediante el Concordato. Aunque el Concordato es explícitamente una cesión de soberanía a la Iglesia, son distintas los argumentos que en su defensa esgrimen Núñez y Samper, por un lado, y Caro, por otro. Para Caro éste es un problema de verdades últimas; para los otros se trata de separación de diferentes esferas de la vida: a la Iglesia le corresponde la moral, como a la ciencia el conocimiento.

Y es que para Caro la legitimidad última se fundaba en la verdad divina, no en la ley⁵. Ni Arboleda, ni mucho menos Núñez y Samper, comparten este pensamiento. La educación religiosa era para ellos un elemento de disciplina sobre el cual fundar la ciudadanía, pues la Iglesia se consideraba una institución disciplinaria que, además, contenía elementos democratizantes: la religión está al alcance de todas las razas y, al cohesionarlas, se evitaban los peligros que se pueden derivar de su variedad, argumentaban.

Aunque la vertiente conservadora de la Regeneración ponía por encima del voto popular la ley natural que, para ellos, amparaba por derecho propio la presencia del Iglesia Católica en un Senado corporativo, esto no refutaba con la fidelidad al ideal democrático. Si bien ni Caro ni Arboleda aceptaban el ideal liberal de la sociedad como suma de individuos, y tampoco Núñez y Samper, más ambiguamente, fue Caro el principal defensor en la Asamblea de Delegatorios del voto irrestricto: ni indirecto, ni censatario. A diferencia del caso argentino, donde el ideal ilustrado requería requisitos previos para ser ciudadano, Caro propugnaba una ciudadanía amplia fundada en la cohesión social que garantizaba el catolicismo. Esta opción por una dinámica electoral irrestricta era coherente también con la valoración positiva que tenían Caro y Arboleda de la identidad nacional. Samper, más fiel a la tradición ilustrada, en la Asamblea defendió con éxito el voto censatario.

La negación del individualismo liberal tiene manifestaciones atípicas, para la época, en Arboleda. Coherente con su defensa del aporte indígena a la identidad nacional, considera que la igualdad formal ante la ley lesiona los intereses de los más débiles. Por eso critica los nefastos resultados que la abolición de resguardos tuvo para los indígenas y propone discriminaciones positivas para los grupos más débiles.

Con estos argumentos, el discurso de la Regeneración se dirigió a refundar la nación con base en las tradiciones. Para ello, en una perspectiva pragmática, se recurrió a la educa-

5 Sería importante indagar cómo influyó el fundamentalismo de Caro en lo que Bergquist llamó la "degeneración de la Regeneración".

ción moral que podía proporcionar el catolicismo, como fundamento de la "armonía social" y el respeto a la ley. Por este camino se creía poder lograr uno de los grandes objetivos de la Regeneración: garantizar el orden social.

También la centralización política es justificada con referencia a esta unidad de tradiciones, religión y lengua que están en la base de la unidad nacional. Existiendo esta unidad previa, las instituciones deben recogerla y, aunque la topografía quebrada conspirara contra un centralismo total, la solución se encuentra en la centralización política con amplia descentralización administrativa.

A diferencia del diagnóstico de los liberales argentinos, aunque en Colombia se menciona la escasez de población como una dificultad para el progreso, no llega a formarse un mito que ponga el problema del poblamiento en un lugar central del discurso. Tampoco la inmigración ocupa un sitio privilegiado en este proyecto. No se trata de mejorar la población por el reemplazo de ésta, sino por la educación religiosa.

En Argentina, en cambio, poblar el desierto implicaba reemplazar la población para civilizar las costumbres por la influencia benéfica que ejercería el inmigrante (del cual se esperaba una rápida nacionalización para que, participando en política, moralizara las elecciones) y de esa manera construir una nación de ciudadanos, considerando que la unidad nacional debía ser producto de la suma de los intereses individuales, potenciados por la educación, el progreso y el respeto a ley. Podemos resumir las principales diferencias de los dos modelos de nación en el Cuadro 1.

Si en Colombia hay cierta orientación tradicionalista, en Argentina resalta un marcado

voluntarismo que concibe a la nación como un acto de voluntad de la elite ilustrada. Aunque la idea de nación en Colombia recoge las tendencias comunitaristas católicas (especialmente en Caro y Arboleda), y la de los intelectuales argentinos (más en Sarmiento que en Alberdi) el individualismo liberal de la época, ambos proyectos responden también a interpretaciones de la propia realidad, a la cual adaptan sus supuestos ideológicos.

La interpretación de la realidad con base en una orientación ideológica llevó a los constructores de los proyectos nacionales, en ambos países, a definir una identidad nacional deseable que aún estaba en proceso de construcción. Es decir, lo que Miller llama acertadamente una cultura pública, que haga sentir a los habitantes que tienen algo en común que trascienda sus identidades privadas: "[...] una identidad nacional requiere que la gente que la comparte tenga algo en común, un conjunto de características que en el pasado se referían con frecuencia como 'carácter nacional', pero que yo prefiero describir como una cultura pública común" (Miller, D., 1997, p.42).

La cultura pública suele actuar como el principal sostén de la identidad nacional (como la idea de libertad y oportunidades en los Estados Unidos contemporáneos), pero en el momento histórico de América Latina que nos ocupa, con Estados nacionales aún no consolidados, jugó el papel de norte en la construcción de la nación. Así, la idea de nación va más allá del diagnóstico histórico social, para constituirse en un legitimador de la cultura pública ambicionada. Como ya señalamos, en Argentina y Colombia esa cultura pública se sustenta en premisas muy diferentes.

Cuadro 1.

| | ARGENTINA | COLOMBIA |
|---|---|---|
| Nacionalidad | Por construir | Por recuperar |
| Valoración de identidad previa | Negativa | Positiva |
| Mecanismos de integración | Creación de ciudadanos | Sentimiento religioso |
| Problemas en la administración del territorio | Económico y cultural (integrarlo a la producción y civilizarlo) | Político y económico (centralización y comunicación férrea) |

Si los intelectuales colombianos retomaron con fuerza esa idea de continuidad histórica, los argentinos pusieron su énfasis en la apertura hacia el futuro. Es en ese sentido que llamamos voluntarista al proyecto de la generación del 37. En un intento similar al de Estados Unidos, cuyo ejemplo iluminó a toda esta generación, se intentará construir una nación donde ésta no existe. Con ese objetivo, los argentinos forjaron el mito del desierto, en este caso indómito, pero sobre todo, recurrieron con fuerza a elementos simbólicos como la bandera, el himno, el invicto ejército libertador y el ejemplo que para América del Sur representaba la ciudad de Buenos Aires. Pero, en especial, confiaron en la voluntad, en el advenimiento de una nación como resultado de un esfuerzo voluntarista, nacida del contrato que se constituye en ausencia de toda matriz histórica y cultural.

Era tal la confianza en una nación futura compuesta por individuos que se asocian libremente por el contrato (especialmente para Sarmiento; Alberdi cree en la necesidad de un Estado fuerte que acompañe este proceso hasta que estos ciudadanos acaben de formarse), que “la prédica de Frías [católico neoconservador que, sin embargo, compartió muchos de los objetivos de esta generación] será recusada sobre todo por irrelevante y nadie lo hará más desdeñosamente que Sarmiento” (Halperin D., s/f; xxviii). Pero ¿qué proponía Frías?, que el orden debía fundarse en restricciones a la libertad política hasta superar el atraso, sin que el progreso económico “resquebraje esa base religiosa sin la cual no puede afirmarse ningún orden estable” (Halperin D., *ibid.*).

Sarmiento, en un encendido párrafo del prólogo a su edición del *Facundo* de 1857, resume esta afirmación de la voluntad: “No se renuncia porque todas las brutales e ignorantes tradiciones coloniales hayan podido más en un momento de extravío en el ánimo de masas inexpertas; las convulsiones políticas traen también la experiencia y la luz, y es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes y de las preocupaciones estacionarias [...] No se renuncia porque los pueblos en masa nos den la espalda a causa de que nuestras miserias y nuestras gran-

dezas están demasiado lejos de su vista para que alcancen a conmovernos ¡No! No se renuncia a un porvenir tan inmenso, a una misión tan elevada, por ese cúmulo de contradicciones y dificultades” (Sarmiento, 1969, p.28).

El alegato de Sarmiento que acabamos de transcribir nos absuelve de más comentarios alrededor del rechazo de las tradiciones y costumbres heredadas como base para la construcción de la identidad nacional. Desechados los elementos de identidad, el problema de la nacionalidad en Argentina es tratado en términos casi exclusivamente políticos; no es extraño entonces que, extremando una costumbre de la época, la nación y lo nacional sean sinónimos de gobierno federal. Este énfasis en el tratamiento político de la cuestión nacional, es lo que nos ha llevado a llamar el proyecto argentino como el intento de construir una nación de ciudadanos; no porque en Colombia el tema de la ciudadanía no existiera, sino para relevar el lugar que le asignaba el proyecto argentino al hombre libre que se relaciona con el Estado y con los otros hombres en tanto individuo racional, con derechos y deberes, amparado en la igualdad formal ante la ley. Es decir, el ciudadano, tal como fue concebido por el proyecto moderno y cuyos atributos son la racionalidad, ser depositario de la soberanía popular, con responsabilidades para con el Estado y con capacidad de asociarse por intereses (Touraine, 1997, p.28). La nación, para la generación del 37, debía ser el resultado de ese contrato; y la cultura pública que la sustentaría, esa relación individual con el Estado.

De todas maneras, no hay que confundir la preocupación por la ciudadanía con un mayor o menor apego al ideal democrático; la vinculación de la nación con el Estado por intermedio de la ciudadanía es un rasgo característico del ideal republicano liberal que, asimismo, en la tradición moderna francesa apela a la moral laica como fundamento del proyecto (Touraine, 1997, p.244 y Escalante Gonzalbo, 1995, p.33-4). Aunque Sarmiento es un demócrata convencido y desea ardientemente la vinculación política de los inmigrantes para universalizar la civilización (el individuo racional que actúa acorde con intereses), tanto él como Alberdi consideran necesaria alguna forma de restricción al voto hasta cuando se alcance esta etapa.

Es muy distinta la concepción colombiana, que podemos llamar "nacionalitaria", para diferenciarla de la de "nacionalista" que tiene connotaciones ideológicas asociadas a los nacionalismos populares del siglo XX y a la de "tradicionalista" que, actualmente, se ha convertido en un juicio de valor que refiere a concepciones antimodernas. Preferimos usar el concepto de nacionalitario al de comunitarista, pues este último se refiere a una concordancia total entre territorio, organización social, prácticas culturales y poder político (Touraine, 1997, p.170), es decir, a "sociedades totales" como suelen manifestarse en los integristas. Touraine usa el concepto de nacionalitario para referirse al Estado que se presenta como "agente político de una comunidad en términos culturales, étnicos, religiosos y en primer lugar territoriales" (íbid, 206/7). Más específico, Torres Rivas define lo nacionalitario "como conjunto de rasgos culturales e históricos que, por lo general, se unifican a partir de una base étnica o lingüística común" (Torres R.. 1985, p.101/2).

El proyecto nacional de la Regeneración se puede definir por su preocupación por la cohesión social basada en la identidad que, en algunos momentos, llegó a frisar connotaciones comunitaristas cuando se tornó rechazo a lo extranjero. Un ejemplo de esta actitud se encuentra a veces en Caro que, en ocasiones, sólo se opone a las instituciones protestantes por considerarlas ajenas a la identidad nacional, como casi todos los hombres de la Regeneración, pero en otras discute la pertinencia de aceptar una posible inmigración originada en países con esta tradición religiosa; o en Carlos Holguín, cuando expresa una demagógica desconfianza al "supuesto progreso" de las naciones europeas y asegura que aquí somos más felices con nuestro atraso.

Sin embargo, no fue ésta la concepción que se impuso en la idea de nación durante la Regeneración. El énfasis con que Núñez defienda la Constitución de 1886 de la acusación de confesional, que le hiciera un periodista mexicano, la manera en que Samper justifica la protección que el Estado debe a la Iglesia Católica sin conculcar la libertad de cultos, son ejemplos fehacientes de que el proyecto, que sin lugar a dudas se apoyaba en el catolicismo "por

ser la religión del pueblo", no se concibió como una ideología integrista basada en la exclusión religiosa.

Núñez, con su pragmatismo habitual, ilustra el papel modernizador en el cual se inscribe esta opción nacionalitaria. "En todas partes se procura por los hombres sensatos amoldar las instituciones a la voluntad general, a efecto de que los partidos políticos no luchen, como en Inglaterra y los Estados Unidos, sino por asuntos de administración pública" (Martínez, F., 1995, p.42).

La búsqueda de la autenticidad nacional sobre la cual fundar una cultura pública muestra la preocupación por garantizar la cohesión y el orden social. Pues se consideraba que para alcanzar el anhelado progreso era necesario asegurar previamente la disciplina social. Disciplina que no se esperaba que proviniera de factores externos o futuros como en Argentina – inmigración, bienestar- sino de la movilización de elementos ya presentes en la identidad nacional: es allí donde se justificó la educación religiosa como instrumento de la constitución del nuevo ciudadano disciplinado. Así pues, la Iglesia Católica, con amplio arraigo en las masas para los regeneradores, será considerada el instrumento privilegiado para ese fin.

En ese sentido, aunque limitada por su interpretación perversa, ya que no se puede reducir un proyecto nacional a la contención de las masas, la afirmación de Martínez sobre el sesgo moderno del proyecto nacionalitario de la Regeneración es acertada: "Esta empresa de catequización nacional y nacionalista, emprendida a finales de siglo por un Estado considerablemente ayudado por la Iglesia, revela una incontestable modernidad: de cierta forma, la Regeneración constituye, después de los intentos fracasados del medio siglo, uno de los primeros dispositivos políticos que, en Colombia, se dirigió hacia las masas y quiso incluirlas en la vida nacional, aunque haya sido en forma autoritaria, dirigista y paternalista. La Regeneración responde, entre otras cosas, a una especie de anticipación, por parte de las elites, de la entrada de las masas en la política" (Martínez, F., 1995, p.58).

En todo caso, en la construcción de la identidad sobre un ideal nacionalitario, la pre-

ocupación por el control social, preocupación que a principios del siglo XX descubrirán todos los nacientes Estados latinoamericanos, se combinará con la valoración positiva de la identidad nacional que, poco a poco, irá constituyendo la peculiaridad colombiana de una fuerte afirmación nacional sin nacionalismo. Por otra parte, la valoración positiva que hace la tendencia conservadora del pasado histórico, lleva a conclusiones que en el siglo siguiente serán consideradas progresistas: por ejemplo, reconocer el aporte positivo del componente indígena, o el papel de los resguardos como protección de las comunidades étnicas, serán reivindicaciones que en la década de 1920 levantará Quintín Lame. Las dos vertientes de la Regeneración permitieron rescatar la identidad y movilizar elementos de modernización; a veces con énfasis en la tradición, a veces en el progreso. Si con Sanclemente y Marroquín primó el ideal tradicionalista, con Reyes resurgió el impulso modernizador presente en Núñez. La presencia de ambas vertientes en el proyecto nacional de la Regeneración puede estar en la base del peculiar proceso colombiano, que algunos autores han caracterizado como una modernización conservadora.

Nación de ciudadanos en Argentina, nacionalitaria en Colombia, implican dos formas distintas de pensar la integración social y, por ende, de construir una cultura pública sobre la cual cimentar la identidad nacional.

III

Como ya advertíamos más arriba, la idea de nación como orientadora de la construcción de una cultura pública, no responde únicamente a influencias ideológicas. Ella se alimenta también de un diagnóstico de los problemas nacionales.

Así, en Colombia, los intelectuales de la Regeneración se enfrentan a un país profundamente fraccionado por la cuestión religiosa que, emergiendo a mitad del siglo XIX, va a estar presente en todos los intentos, fallidos, de organización institucional. La supresión del patronato, la leyes de tuición, la reforma educativa que impulsara la educación laica con profesores protestantes, sancionadas por la distintas

constituciones liberales, pusieron en pie de guerra a la Iglesia, orientada por el Papa Pío IX que no se caracterizó por su espíritu progresista, y apoyada en el Partido Conservador y por importantes sectores de la población de la Colombia rural del siglo XIX. Desde entonces, y fortalecida en las constantes guerras civiles, la adscripción partidaria estuvo atravesada por el problema religioso. Las diferencias entre gólgotas y draconianos, en el Partido Liberal, dejaban ver que la orientación hacia el libre cambio o el proteccionismo no alcanzaba a definir el sentimiento de pertenencia; al tiempo que los historiadores contemporáneos son bastante reticentes para igualar conservadores a tratantes y liberales a exportadores.

Se manifiesta en la cuestión religiosa una adscripción partidaria temprana, anterior a la construcción de la nación, y que para sociólogos como Pécaut va a determinar todo el estilo de desarrollo en Colombia durante el siglo XX. "Durante el siglo XIX, en un país en que predomina una población mestiza libre y en que la gran hacienda solo se implanta con dificultad, los dos partidos se convierten en el medio principal para enmarcar las diversas categorías populares [...] Además, la adhesión a los dos partidos 'tradicionales' no ha estado fundamentada sino excepcionalmente en preferencias personales: en las zonas rurales, al menos, se funda en una memoria familiar y local que proviene del siglo XIX y se cristaliza desde entonces geográficamente. Las guerras civiles facilitan su transformación en subculturas y los partidos dirigen la formación de dos sistemas de afiliación e identidad colectivas [...] los partidos privan al Estado de la posibilidad de afirmarse como garante de la unidad simbólica de la sociedad: la división que ellos perpetúan es compatible con disposiciones gubernamentales; excluye toda imagen de un cuerpo social unido" (Pécaut, 1987, p.20).

Guerras civiles atadas al problema religioso, aunque no únicamente, con motivaciones más tradicionalistas que racionales en su forma de incorporar a la población y representando intereses localistas en las motivaciones de sus caudillos, en medio de una sociedad profundamente dividida, constituyen el primer contexto en medio del cual se teje el frágil consenso de la Regeneración y que sólo con Reyes llegará a ser hegemónico.

Por otra parte, la Constitución de Rionegro había debilitado la capacidad de injerencia del Estado central, hasta impedirle controlar las guerras civiles locales o siquiera tener un pie de fuerza mayor que la de cualquier Estado soberano e intervenir en la legislación electoral de éstos, a la vez que debilitaba las rentas nacionales. Las atribuciones del poder ejecutivo nacional se limitaban en la práctica a la política internacional y a las obras de navegación que afectaran a varios Estados, previo consentimiento de los afectados. Esta laxa federación sancionaba así, no un proceso de maduración de identidades construidas en el seno de la sociedad civil, sino los intereses de las elites regionales.

De esta forma, la Constitución de Rionegro fortaleció la integración intrarregional, pero no parecía muy viable para construir la nacional. Al debilitar el Estado nacional hasta su casi extinción, los radicales de Rionegro abolían la institución que, en toda América Latina, jugó un papel protagónico en la construcción de la nación. Sea en términos de refundación de la nación o de construcción de ella, esta reflexión no fue ajena en el continente a la consolidación del Estado nacional (Pécaut, 1987, p.10).

Además, al enfrentarse con la Iglesia Católica, los radicales prescindían de la única institución que podía garantizar la integración, no sólo por su arraigo a nivel popular, sino también por su organización nacional. Según los historiadores, pero también los analistas de la época, había únicamente dos instituciones organizadas en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX: la Iglesia y los partidos. "A pesar de la endebles de su estructura a lo largo del siglo XIX, debe subrayarse que el Partido Liberal, como su contraparte el Conservador, fueron, con la Iglesia, las únicas instituciones que traspasaron las líneas regionales y de clase social. Además, como la identificación con el partido era, por norma, intensa y permanente, otras instituciones como las fuerzas armadas o nuevos partidos no pudieron disputarles, en forma seria y sostenida, la lealtad de los colombianos activos en política" (Delpar, 1994, p.xxvi). Desechada la Iglesia, con partidos organizados para la guerra y siempre dispuestos a la con-

frontación militar, fuerte autonomía de las unidades políticas regionales y el Estado reducido a su mínima expresión, los radicales de Rionegro, y las constituciones liberales en general, parecen haber sido incapaces de resolver el problema de la integración nacional.

Esta fue también la percepción de muchos de los actores contemporáneos que se enfrentaron a la contradicción de una Constitución radical, cuando éstos ya habían perdido el espacio político. Insurrecciones y agitación política permanente, aunadas a una Constitución casi imposible de modificar, eran vistos como un freno al progreso que en ese momento pedía grandes obras de infraestructura y orden, para lograr, al fin, una inserción en la economía mundial: la frase de Núñez: "Regeneración administrativa fundamental o desastre", era una expresión de este nuevo consenso.

En ese contexto de inestabilidad y fragmentación política y de debilidad del Estado central, es lógico que el proyecto nacional de la Regeneración hiciera todo el énfasis en la cohesión y la unidad. Lograr la integración con un discurso nacionalitario que legitimara la cohesión y la unidad política para el fortalecimiento del Estado, fue la alternativa. Pero ¿en qué fundamentar esa unidad? ¿sobre qué se podría edificar? Justo es reconocer que los regeneradores no tuvieron muchas opciones, lo que no significa desconocer que la elección del cemento de esa unidad tuviera también motivos ideológicos.

En medio del fraccionamiento de la sociedad en dos partidos que funcionaban como subculturas poco respetuosas de las reglas de juego republicanas, y tan arraigados en el imaginario popular como la idea misma de nación, o más, era difícil pensar, como los intelectuales argentinos, en una nación de ciudadanos que se integrara a través de la participación política legal para defender allí sus intereses en tanto individuos. Por otra parte, si bien el progreso era una meta deseada, éste no estaba tan al alcance de la mano como para esperar que con base en él se instituyera un nuevo tipo de ciudadano. Las exportaciones no alcanzaban a despegar, y en 1875 se produce un marcado descenso de éstas—las exportaciones cafeteras no se dispararán hasta 1886, y con altibajos—,

mientras el país permanece prácticamente por fuera del dinámico y competitivo mercado internacional de capitales (Palacio, M., 1995, p.39). Desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del XX, afirma Bergquist, "el valor total del comercio exterior de Colombia creció a una tasa apenas superior (si es que lo fue) al crecimiento demográfico de la nación en el mismo período" (Bergquist, 1988, p.343).

A esta débil inserción del país en el mercado mundial se sumaba una aún más débil integración física del territorio, que condicionaba que una carga de café tardara más en llegar desde el interior a los puertos nacionales que a Londres. Y todavía peores eran las comunicaciones interregionales. En esas condiciones, la ecuación se invertía. No se veía probable la integración nacional mediante el progreso o, si se quiere, la constitución de una cultura pública como resultado de la expresión política de los intereses de los ciudadanos, sino al contrario: la integración por la unidad, como un requisito previo para el progreso y la modernización. El razonamiento de los intelectuales de la Regeneración pasaba por recuperar la unidad nacional para fortalecer el Estado por medio de la integración política; entonces sí llegaría el progreso. En esa lógica, el proyecto nacional fue acompañado por medidas administrativas tendientes a este fortalecimiento: atribuciones al poder ejecutivo, monopolio de la fuerza, incremento de los recursos fiscales por la imposición de tarifas aduaneras, creación del Banco Emisor, entre otras.

En estas condiciones económicas, sumadas a la inestabilidad política, era muy poco viable atraer una gran masa de inmigrantes como tempranamente lo percibió Núñez. Aunque ninguno de estos intelectuales desdeñó el aporte de los inmigrantes, con realismo consi-

deraron más acertado educar la población existente que esperar una hipotética inmigración, que muy probablemente nunca llegaría (como no llegó, aunque de todas maneras hay que señalar que tampoco se impulsaron leyes para atraerla). Por otra parte, más que la carencia de población, el gran problema para la nación se ubicaba en la topografía quebrada que, otra vez, llevaba a poner en primer plano el tema de la unidad.

Por último, en Colombia no existía una cultura urbana cosmopolita que pudiera servir de ejemplo para los intelectuales de la Regeneración y de faro para el resto de la nación. En las descripciones que José María Samper traza en *La historia de una alma* o en relatos de viajeros como el del conde de Gabriac⁶ se puede ver, con más claridad aún que en los datos estadísticos, el atraso de la capital de la República.

No había pues elementos para pensar que podía ser viable una nación de ciudadanos, tal la concibió el proyecto argentino; lo que allí fue voluntarismo, acá hubiera sido utopía. En cambio existían problemas diferentes que esta generación creyó abordables con base en el material que proporcionaban las tradiciones y la historia del país.

Para los regeneradores estos problemas remitían, en última instancia, a la fragmentación: cultural por el cariz religioso que fue alimento de las guerras civiles, fragmentación política por la exacerbación de los odios partidarios y los poderes regionales y fragmentación física por la carencia de vías de comunicación que derrotaran la quebrada topografía del país. Ante esta situación, se trataba de recuperar la cohesión nacional. En el afán de alcanzar esta meta, se recurrió a la amalgama que había producido la historia, considerada el fundamento de la nacionalidad: el mestizaje y la religión.

6 "A pesar de que la guía menciona cinco hoteles y posadas en la ciudad, el Conde de Gabriac, que visitó la capital el mismo año de su publicación, no se mostró muy impresionado con las disponibilidades de Bogotá en este y otros órdenes. 'En honor a la verdad', escribió 'para un cansado viajero, un hotel confortable es mucho más deseable que un monumento magnífico. Bogotá no tiene ni lo uno ni lo otro'. Aunque no sorprende que el noble francés encontrara que las distracciones de la ciudad eran insuficientes, el colombiano Miguel Samper escribió en 1867 una serie de artículos en los que calificó a Bogotá como la capital más atrasada de Sur América. Las calles eran sucias, el servicio de agua pobre y la iluminación nocturna provenía casi por entero de la luna. Los lugares públicos estaban infectados de ladrones, borrachos, leprosos, vagos y locos. También eran numerosos los mendigos que proferían insultos a quienes rehusan satisfacer sus ruegos" (Delpar, 1994, p.59).

Y estos intelectuales no forzaron la realidad con esta interpretación, pues "Dos rasgos distinguen el desarrollo colonial de Colombia de otras colonias importantes del imperio español en América: la composición étnica y cultural relativamente homogénea de la sociedad y su relativo aislamiento del sistema económico mundial" (Bergquist, 1988, p.339). Así lo resume Tirado Mejía: "La amalgama del proyecto económico y político fue la religión. Núñez, escéptico en estas materias, comprendió la función que podía jugar la ideología religiosa y el papel del clero como fuerza organizada. [...] Al efecto escribió: 'A otro ministro americano le hemos oído recientemente estas otras palabras: en Colombia sólo hay dos cosas organizadas: el ejército y el clero' [...]" (Tirado M., 1979, p.378 y ss).

Antes de examinar el proceso argentino, otra vez debemos recordar que éste ocurre con una temporalidad distinta a la colombiana. Lo que hemos llamado el voluntarismo argentino parte no sólo de un contexto histórico muy disímil, sino también de una diferente situación de los intelectuales -la llamada generación del '37, que en realidad comienza a producir sus ideas hacia los años cincuenta- en relación con el poder. Pues esta generación, que influirá grandemente en la vida política argentina durante toda la segunda mitad del siglo XIX, construye su idea de nación desde la oposición a la dictadura de Rosas, aunque sólo con Roca alcanzará su expresión acabada.

Esta situación en un proyecto orientado totalmente hacia el futuro, y construido durante un período largo de tiempo, nos obliga a tener en cuenta el contexto del cual parten y, además, la certeza de las predicciones que lo guían. Pues si en Colombia se trataba de generar cohesión para alcanzar el progreso, en Argentina se apostaba a que el progreso traería esa cohesión. Pero ¿cómo influye la situación de Argentina de mitad de siglo en la idea de nación? ¿eran viables las alternativas planteadas por estos intelectuales que, años después, ocuparían destacados cargos públicos?

La primera característica del proyecto nacional argentino es que se comienza a construir en el exilio. Huyendo de la dictadura de Rosas, esta generación se instala en los países fronte-

rizos desde donde continuará sus ataques demoleedores contra el "Restaurador de las leyes". *Facundo*, aparecido en 1845, primero como separata en un periódico chileno, se constituye en un hito para este proyecto que, explícitamente, busca proporcionar una alternativa al tipo de país que gobernaba Rosas.

No es poca la importancia que tuvo el hecho de que la idea nacional en Argentina se gestara desde el exilio. Rosas, un caudillo de la provincia de Buenos Aires, que logró consolidar la unidad territorial alrededor de su figura, sin legitimarla con un acuerdo constitucional, pues formalmente nunca fue más que el gobernador de la provincia de Buenos Aires, encargado de la relaciones internacionales (no existía entonces la figura de presidente de la República), deriva su poder autocrático del dominio carismático que ejerce sobre los gauchos y los sectores populares urbanos: es decir, sobre mestizos y mulatos. De la misma manera ejercían su dominio Facundo Quiroga, el "Chacho" Peñalosa y demás caudillos provinciales.

Por otra parte, el gobierno de Rosas no sólo implicó una autocracia política; también significó una dominación cultural sobre la ciudad de Buenos Aires, que fue más allá del terror sembrado por la célebre *mazorca*. Con una ideología que Sarmiento llama "americanista", y cuyas expresiones describe vívidamente en *Facundo*, el gobierno de Rosas hostilizó también a lo europeo, que se manifestaba en las costumbres urbanas de la ciudad de Buenos Aires.

De allí deduce Sarmiento su contradicción entre "civilización" y "barbarie", entre lo rural y lo urbano, en fin, entre la dictadura que ejercen las masas campesinas y mestizas, los gauchos, desconocedoras de la democracia, sobre la progresista población europea y abierta al mundo del puerto. Aunque Alberdi en sus *Cartas quillotanas* critica el excesivo simplismo de la reducción sarmientina, y Esteban Echeverría en *El matadero* describe el arraigo urbano del rosismo y las características de esta población popular, la formulación de Sarmiento terminará por imponerse.

En estas condiciones sociopolíticas de la Argentina de finales de la década de 1840 -dictadura autocrática de Rosas, carencia de orga-

nización constitucional del país que funcionaba como una federación de caudillos, integración con base en una cultura tradicional hispanocriolla-, es comprensible la reacción de esta generación. Para los constructores del proyecto nacional argentino era imposible forjar un país moderno con este material que, a su juicio, mantenía las identidades coloniales. Otros elementos eran necesarios para fundar allí una cultura pública moderna. En esta lógica, es coherente la desvalorización de los componentes de la identidad preexistente, y allí se fundó el voluntarismo que caracterizó el proyecto. En *El dogma socialista*, Echeverría se expresa de manera muy similar a Sarmiento: "Las teorías son todo; los hechos por sí solos poco importan ¿Qué es un hecho político funesto? El resultado de una idea errónea ¿Qué es otro, fecundo en bienes? El de ideas maduras y ciertas?" (citado por Romero, p.143).

Influidos, sin lugar a dudas, por el liberalismo europeo y por el modelo de sociedad que representaban los Estados Unidos, convencidos de que las fuerzas "telúricas" sólo podían proporcionar dictadura política y atraso económico, organizaron el proyecto nacional, y con él la idea de nacionalidad posible. Amparados en un diagnóstico de la realidad, pero también de una lectura bastante acertada de las perspectivas económicas del país, pensaron la consolidación nacional como un gran esfuerzo racional que deberían llevar a la práctica ellos mismos en tanto intelectuales (Halperin D., s/f, p.xv).

Con la derrota de Rosas en 1852, estos intelectuales accederán al poder y comenzarán a construir una nueva hegemonía que conduzca a la ambicionada nación de ciudadanos. Sin embargo, la herencia de Rosas no era totalmente negativa y, en 1852, Argentina contaba con una unidad interna bastante más sólida que Colombia en 1886; aunque, como lo mostró la historia de la segunda mitad del siglo XIX, faltaba transitar aún un buen trecho para la organización definitiva del Estado nacional. La oposición a Rosas había logrado consolidar un consenso bastante fuerte sobre los rasgos básicos

de la nueva nación, aunque la cuestión de la hegemonía porteña sólo se solucionaría con el gobierno de Roca. Sin embargo, ya estaban resueltos dos problemas que en Colombia mantuvieron dividido al país hasta el gobierno de Reyes: la disputa entre federalistas y centralistas (unitarios) y la cuestión religiosa.

El gobierno de Rosas, y su peculiar interpretación de régimen federal bajo la hegemonía de Buenos Aires, había mostrado que era posible mantener la unidad territorial con una organización federal. Por otra parte, revivir la polémica sobre el centralismo significaba enemistarse nuevamente con las provincias, que tan dificultosamente se habían unido contra la figura de Rosas, y retornar a las guerras civiles. Incluso Sarmiento lo consideraba así en vísperas de la reunificación territorial del país en 1862. La fórmula que proporcionó Alberdi en *Las bases*, con un federalismo moderado, al menos en tanto organización territorial, reflejó atinadamente esta realidad y, solucionada la cuestión de la capital por Roca, se mantiene incontestada hasta hoy. En cuanto a la Iglesia Católica, ya Rosas había instaurado el patronato, al cual ésta se había sometido. Reavivar la polémica no estaba en el espíritu de la nueva generación, que sin embargo no era anticlerical como sí lo fue la de los ochentas, ya que en su proyecto la religión no jugaba un papel importante para la constitución de la nueva nacionalidad. Desde entonces el problema religioso quedó solucionado en lo fundamental⁷.

Además, ya durante la época rosista, Argentina se había vinculado al mercado mundial con la exportación de carne salada hacia Inglaterra. Aunque esta vinculación era aún tímida, al menos en comparación con las dimensiones que alcanzaría unos años más tarde, permitió perfilar claramente cuál era el lugar de Argentina en la división internacional del trabajo y quién su socio comercial privilegiado. La nueva generación interpretó acertadamente el contexto internacional que se perfilaba hacia 1850, "[contexto] internacional caracterizado por una expansión del centro capitalista hacia la periferia, que los definidores

7 Aunque Roca rompió relaciones con el Vaticano durante su primer gobierno, esto no implicó la desestabilización del régimen como, sin lugar a dudas, hubiera sucedido en Colombia.

de ese proyecto se proponían a la vez acelerar y utilizar" (Halperin, s/f; p.xiii).

Cuando comienza el período de Urquiza, la sensación predominante en estos intelectuales es que todo está por hacer. La idea de nación se constituye, entonces, en el discurso legitimador de la gran modificación de la realidad que se inicia. "Un examen atento de la realidad había permitido sentar el principio fundamental de la política regeneradora: el mal de la Argentina era el desierto, y la consigna primera debía ser destruir ese mal en su raíz, facilitando las comunicaciones, poblando las vastas extensiones y multiplicando los centros urbanos" (Romero, J.L., 1946, p.144). Buenos Aires era la única ciudad que, salida de la barbarie en que la había sumido el régimen de Rosas, se parecía un poco a la meta propuesta. Ella fue el ejemplo. Además, su vinculación con Europa en tanto puerto, a la que se consideraba el socio comercial por excelencia, había acumulado una incipiente población cosmopolita y asimilado su cultura, según las propias expresiones de Sarmiento. Se trataba de profundizar este proceso, extendiéndolo a todo el país con la mano de obra que Europa podía proporcionar, siempre y cuando hubiere políticas que favorecieran la inmigración.

Desde entonces este plan se seguirá fielmente, hasta que en 1880 alcance su impulso definitivo. Si en 1869 Argentina contaba con de 1.830.214 habitantes (300 mil de ellos extranjeros; lo que ya era una suma considerable, comparado con Colombia, por ejemplo), en 1895 ese número había llegado a 3.956.060 como resultado de la inmigración, aunque muchos de los extranjeros se hubieran afincado en las ciudades. De 100 mil habitantes en 1850 (Bogotá contaba en 1867 con 40 mil almas), Buenos Aires alcanzó casi el medio millón en e 1980: más de la mitad, inmigrantes (Romero, J.L., 1946, p.171).

Hacia la década de los ochentas se había fortalecido el aparato estatal de múltiples maneras, poblado la pampa húmeda, desarrollado un sistema portuario y se contaba con 2.500 kilómetros de vías férreas, que luego del período roquista llegaron a 34 mil. Paralelamente, el capital británico se había instalado desarrollando el sistema de frigoríficos y la inmigra-

ción aceleró aún más su presencia, hasta el extremo de que en la región de la pampa llegó a haber dos extranjeros por cada nacional (Bergquist, 1988, p.123).

Entretanto, Argentina había logrado una poderosa vinculación al mercado mundial. La exportación de cereales, comenzada en la década de los setentas, originó un incremento positivo de la balanza comercial, que en 1880 representaba 104 millones de pesos, y en 1910 alcanzaba los 714 millones. A ello se sumaba la afluencia de empréstitos extranjeros para la construcción de obras públicas. En 1895, Argentina contaba con 23 mil establecimientos fabriles, aunque 80% de la industria y el comercio estaba en mano de extranjeros.

Aunque en algunos aspectos las predicciones de la generación del '37 no se cumplieron cabalmente, y la inmigración no se expandió por todo el país sino que tendió a concentrarse en la zona más rica de éste, fue tan inmenso el cambio de la fisonomía argentina y tanta la confianza en el progreso ilimitado, que se generalizó el término liberal que inicialmente se aplicó a los constructores de la nueva idea nacional, al decir de Félix Luna, como sinónimo de urbano y moderno: tal se vivía en la ciudad de Buenos Aires. Pues si en algún sitio se cumplió este ideal voluntarista fue en la capital, centro de la población extranjera y de las costumbres europeas.

Fiel al proyecto que hemos venido describiendo, la educación pública laica se extendió considerablemente. Entre tanto, Roca decretó la publicación de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, escrita por Mitre, su enemigo político, y las obras de Alberdi, para comenzar a construir una hagiografía que incluyera a los inmigrantes. También en la toponimia de las ciudades y pueblos que empezaron a poblar la pampa y el litoral, como en las calles de Buenos Aires, con sus repetidas referencias a los héroes nacionales, se puede descubrir el intento de generar algo así como un sentimiento de nacionalidad basado en los héroes fundadores.

El proceso que planificó la generación de los exiliados se había cumplido satisfactoriamente al finalizar la primera década del siglo XX, en rasgos generales. La ley Sáenz Peña, que

permitió el acceso al poder de Hipólito Irigoyen en 1916, lo completaba. Es tarea de otras investigaciones evaluar hasta qué punto se realizó o no esa nación de ciudadanos que ambicionaran los liberales de 1837.

IV

La forma en que se trató de consolidar la nación, nacionalitaria o de ciudadanos, a finales del siglo XIX, y el tipo de consenso que se produjo alrededor de ella, tienen que haber influido en la manera y los problemas que enfrentó cada país durante la primera mitad del siglo XX. Sólo nos resta bosquejar algunas hipótesis que deberán ser confrontadas en trabajos posteriores.

La elección argentina de fundar una nación despreciando los elementos nacionalitarios existentes, que Halperin Donghi llama la originalidad de Buenos Aires, basada en una incontestable hegemonía de los sectores liberales ilustrados, fue coherente con el rápido crecimiento económico del país y el inmenso desarrollo urbano de su capital. En muchos sentidos el proyecto parecía logrado, pero éste dejaba por fuerza muchas otras expresiones de la nacionalidad. "Comienza a advertirse aquí el elemento de originalidad de la experiencia de Buenos Aires en el marco hispanoamericano. El liberalismo que nacía (o renacía) se fijaba por tarea introducir innovaciones muy hondas en la vida colectiva; por eso mismo no aspiraba a presentarse como representación política de la entera sociedad, tal como estaba conformada antes de esas renovaciones radicales que el partido postulaba. Sin duda, ese liberalismo no admitía a su lado otras fuerzas políticas dotadas de legitimidad comparable a la que se asignaba a sí mismo, pero su superioridad en este aspecto no derivaba de ninguna pretensión de reflejar fielmente en el campo político una realidad que juzgaba deplorable sino, por el contrario, de la pretensión de identificarse con un sistema de ideas válidas, frente a las caducas de rivales a los que reconocía de buen grado carácter representativo de una realidad igualmen-

te caduca" (Halperin, D., s/f; p.L).

Así, esta opción, conscientemente, hizo a un lado a una parte importante de la población: los criollos del interior, que despectivamente fueron llamados "cabecitas negras" por los descendientes de los inmigrantes, y motejados como "chinos", en la época. Desde entonces nace la Argentina dual, que a mitad del siglo XX estudiará Gino Germani. Pero además de los criollos también quedaron tempranamente excluidos sectores de las elites que no se sentían representados en el pacto hegemónico liberal. En esta situación puede haberse originado la intensa fractura que vivió la sociedad argentina durante todo el siglo XX.

Para Bergquist, "la falta de un partido conservador fuerte en Argentina influyó en la política nacional. Dejó al Partido Radical [de Irigoyen] sin una contraparte conservadora en las primeras décadas de la centuria. Llevó a la elite argentina a soslayar el sistema partidista y a dar su respaldo a una solución militar a la crisis de 1930, y a continuar propugnando intermitentemente dicha estrategia en las décadas siguientes" (Bergquist, 1988, p.440).

Pero, además, esa debilidad del sistema partidista no sólo se manifestó en la constante intromisión militar. También el populismo apareció con una fuerza inmensa, reclamando la representación de esa parte del país que no cupo en el proyecto ilustrado del siglo XIX. Las ideas laicas, liberales, basadas en individuos que se relacionan en tanto ciudadanos, no correspondían a la realidad del país; a diferencia del caso de Estados Unidos, donde éstas eran el resultado de un proceso de la sociedad civil. De esta manera quedó excluida aquella parte de la población que no fue afectada por la inmigración. A la modernización de las elites no correspondía una modernización de toda la sociedad. Similar a la descripción que hiciera Sarmiento de las *montoneras* de Facundo Quiroga, "los cabecitas negras" del interior, que invadían Buenos Aires en busca de trabajo, harían sentir con fuerza su presencia cuando el peronismo los legitimó socialmente, proporcionándoles un espacio de representación⁸.

8 Todavía hoy la ciudad de Buenos Aires es un bastión antiperonista.

Es más difícil arriesgar hipótesis para el caso colombiano en la medida en que el debate es mucho más contemporáneo y no parece haber un acuerdo intelectual sobre la influencia de la Regeneración. Pero sí existe un consenso alrededor del poderoso influjo que ejerció el siglo XIX, y particularmente este período, en todo el desenvolvimiento del país durante el siglo XX. Sin embargo, los historiadores suelen hacer más énfasis en la raigambre conservadora de la Regeneración que en la solución transaccional que la inspiró.

No vamos a discutir aquí el fuerte fundamento bipartidista en Colombia, anterior a la constitución del Estado nacional, y perenne durante el siglo siguiente, pues sobre este tema existe abundante bibliografía. Sólo mencionaremos la posible relación entre la opción nacionalitaria y lo que algunos autores han llamado la particularidad colombiana. De ésta particularidad se ha hablado en diversos sentidos: como el único país que se resistió a aceptar los postulados de la economía política liberal a finales del siglo XIX (Bergquist, 1988); como un país ajeno a las influencias internacionales durante las primeras décadas del siglo XX (Pécaut, 1987); como una contradicción entre modernización económica y pensamiento conservador⁹; o, aun, como una inusitada estabilidad bipartidista en medio de convulsiones políticas¹⁰, para citar sólo a unos pocos. Este argumento, además, seguirá apareciendo a lo largo de todo el siglo XX, para fenómenos más contemporáneos como el precoz freno a los

populismos o la ausencia de dictaduras militares en la década de los setentas.

Esta particularidad, que creemos influyó en la fisonomía del país en la primera mitad del siglo, puede enraizarse en la opción nacionalitaria del pensamiento nacional de la Regeneración y al particular compromiso ideológico que estuvo en su base y que permitió su flexibilidad. La recurrentes llamadas de Núñez a aceptar los mandatos de la realidad y no atarse a “especulaciones aéreas”, y la misma argumentación de Samper, parecen definir este pensamiento. El propio Arboleda, militante católico, da muestras de una flexibilidad sorprendente.

La flexibilidad de la idea de nación que orientó la construcción del Estado nacional entre 1880 y 1910, permitió que el péndulo se inclinara hacia uno u otro extremo, autoritario durante Caro, tradicional con Marroquín, y hacia el retorno a las ideas modernizadoras de Núñez con Reyes, sin romper nunca con los principios que informaron la Constitución de 1886, hasta que, tras la experiencia de la Guerra de los Mil Días se alcanzó, por fin, el consenso elitista. “La amarga y prolongada transición del siglo XIX al consenso elitista y al desarrollo económico exportador dejó, no obstante, un poderoso legado político. Dio a los colombianos un sistema político único que ha perdurado para influenciar todos los aspectos de la sociedad hasta el presente” (Bergquist, 1988, p.348).

Consenso basado en las tradiciones, en la Iglesia y el mestizaje como elementos integradores que, sin lugar a dudas, preveía tem-

9 “Impulsado por Rafael Núñez, elegido presidente por primera vez en 1880, y que va a dominar la escena colombiana hasta su muerte, en 1894, se va a formar un régimen político cuya inspiración es lo opuesto a las ideas liberales de 1850; al confiar a la Iglesia el papel de salvaguardia del orden social, al aspirar a fundar un Estado centralizado, suprimiendo las libertades políticas y garantizando la «hegemonía» del partido conservador, instituye un cuadro político que se va a mantener casi cincuenta años, hasta 1930. Lo paradójico no obstante es que tal régimen se ha instituido en el momento preciso en que Colombia encuentra por fin cómo insertarse en el comercio internacional: en 1894-1896, ya se ha lanzado plenamente a la exportación de café” (Pécaut, 1987, p.57-8). También: “Ya hemos hecho observar la paradoja inicial: el auge del café coincide con la agonía del liberalismo. La Regeneración que comienza en 1880 va en contra de las ideas liberales, como lo muestra de modo patente la Constitución de 1886, que asegura a la Iglesia la función de garante del orden social. Con la evolución de Núñez, antiguo liberal en todo el sentido de la palabra, en marcha hacia una concepción jerárquica y corporativista de la sociedad, el Partido Conservador recupera el poder, y lo va a conservar hasta 1930 con el apoyo de la Iglesia, agente electoral tanto como guardián ideológico. Apenas parece posible hablar en este caso de correspondencia entre la evolución económica y las instituciones ideológicas” (ibid., p.76.).

10 Refiriéndose a la estabilidad bipartidista en Colombia: “Otro tanto se puede decir de los individuos que buscaban superar, o drásticamente romper el sistema, quienes vinieron a descubrir que era imposible alcanzar su meta, sin importar sus dotes o su carisma personales; las carreras de Tomás Cipriano de Mosquera y de Rafael Núñez, como se ha de ver, ilustran esta afirmación” (Delpar, 1994., p. xxvi).

pranamente la irrupción de las masas en política y buscaba su inclusión pacífica en el sistema. Martínez así lo percibe cuando analiza el discurso nacional que “[...] se concibe, particularmente durante la Regeneración, como un instrumento que permita retardar la irrupción de las masas de la política nacional. Inspiración cultural y función social de una ideología nacional forjada en los últimos decenios del siglo XIX: éstos son los ejes que guían este breve recorrido por el cauce de un naciente nacionalismo colombiano, entre los años 1860 y 1890” (Martínez, 1995, p.27). También Pécaut resalta el papel funcional que tuvo este proyecto durante las primeras décadas del siglo XX: “Ciertamente, la burguesía puede acomodarse a ese estado de hecho. Ocupada en la ‘danza de los millones’, deja que la Iglesia se encargue del orden social. Una Iglesia poderosa permite mantener mejor un Estado débil. Incluso en su ala liberal, no se la ve apenas tentada de reanudar las polémicas anticlericales, si no es en sordina” (Pécaut, 1987, p.86).

Más sorprendente aún es que, según Pécaut, la idea de peculiaridad colombiana que alimenta el proyecto nacional llega a permear

también el naciente movimiento obrero comunista¹¹; al tiempo que Bergquist cree que la homogeneidad étnica y cultural de lo que él llama “la sociedad agraria precapitalista colombiana” era tan grande que “[...] en Colombia las fuerzas populares no gozaron de una base colectiva étnica o cultural sobre la cual construir una identidad separada y una concepción independiente del mundo” (Bergquist, 1988, p.346). Hoy, en medio de la emergencia de las identidades regionales, sabemos que si bien puede existir una tendencia histórica fuerte de identidad basada en el mestizaje, como bien lo diagnosticaron los hombres de la Regeneración, el discurso de nación tendió a fortalecerla en aras de la cohesión nacional.

Así, el proyecto nacionalista colombiano, donde jugó un papel primordial la Iglesia, definió el perfil de Colombia en el siglo XX. Muy posiblemente con alcances mucho mayores que los aquí expuestos y con una serie de consecuencias negativas que no analizaremos aquí, como el supuesto déficit de ciudadanía colombiana, pues para poder evaluar su causalidad implican un estudio detallado de la historia del siglo XX del país.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, Juan Bautista. 1858. *Organización de la Confederación Argentina*. 2 vol. Ed. J. Jacquin. Bezensón.
- . 1915. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Ed. La Cultura Argentina. Buenos Aires.
- ARBOLEDA, Sergio. 1951. *La República en la América española*. Ed. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá.
- BEJARANO, Jesús Antonio. 1982. *La economía*. En: Manual de Historia de Colombia. T. III. Ed. Procultura S.A. 2ª edición. Bogotá.
- BERGQUIST, Charles. 1988. *Los trabajadores en la historia latinoamericana*. Ed. S. XXI. Bogotá.
- CALVO, Nicolás. *Sf. La reforma pacífica, mayo de 1857*. En: Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880, Halperin Donghi, Tulio (ed). Caracas.
- CARO, Miguel Antonio. 1869. *Estudios sobre el utilitarismo*. Ed F. Mantilla. Bogotá.
- . *Sf. Mensaje al Congreso Nacional. Julio 20 de 1896*. En: Ocampo, José Fernando. Colombia siglo XX. 1980. Anexo documental. Ed. Tercer Mundo. Bogotá.
- . 1990. *Escritos políticos*. Ed. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- . *Sf. Estudios constitucionales* Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá.

11 “Las preocupaciones doctrinales son en verdad muy secundarias, y la referencia a los modelos exteriores también: ‘Creemos que Colombia tiene una fisonomía propia y que la mejor táctica no consiste en imponer un método predeterminado, utilizado en otras latitudes’, [...] dice el secretario de la Confederación Obrera hacia finales de la década de 1920”. Pécaut, 1987, p.96.

- . S/f. *Ideario hispánico*. Ed. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Bogotá.
- DELPAR, Helen. 1994. *Rojos contra azules. El partido liberal en la política colombiana 1863-1899*. Ed. Procultura. Bogotá.
- ELÍAS, Norbert. 1994. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. FCE. México.
- ESCALANTE GONZALBO, Fernando. 1995. *Ciudadanos imaginarios*. Ed. El Colegio de México. México.
- ESTRADA, José Manuel. 1904. *Problemas argentinos*. En: *Obras Completas*. Ed. Compañía Sudamericana de Billetes. Buenos Aires.
- FRÍAS, Félix. S/f. *El triunfo del gobierno de Chile y la caída de la tiranía en la República Argentina*, marzo de 1852; *Necesidad de unión y del orden en la República Argentina*, oct. 1853; *Sobre inmigración*, enero de 1856. En: *Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880*, Halperin Donghi, Tulio (ed). Caracas.
- GERMANI, Gino. 1962. *Política y sociedad en un época de transición*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- HALPERIN DONGHI, Tulio. S/f. *Prólogo*. En: *Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880*. Ed. Ayacucho. Caracas.
- HERNÁNDEZ, José. S/f. *Inmigración*, sept. 1869; *Colonias formadas por los hijos del país*, S/f. En: *Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880*, Halperin Donghi, Tulio (ed.). Caracas.
- JARAMILLO URIBE, Jaime. 1982. *El pensamiento colombiano del siglo XIX*. Ed. Temis. Bogotá.
- JARAMILLO URIBE, J.; LEMAITRE, E.; VALDERRAMA ANDRADE, C.; RESTREPO ABONDANO, I. Y MELO; J. O. 1886. *Núñez y Caro, documentos del Simposio Núñez-Caro*. Ed. Banco de la República, mayo de 1986. Cartagena.
- LEMAITRE, Eduardo. 1994. *Rafael Reyes. Biografía de un gran colombiano*. Ed. Norma. Santafé de Bogotá.
- . 1977. *De Núñez para Caro*. En: *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro*. Ed. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. S/f. *Rafael Núñez*. Ed. Colcultura. Bogotá.
- LUNA, Félix. 1994. *Soy Roca*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- . 1998. *La época de Roca*. Ed. Planeta. Buenos Aires.
- MARIENSTRANS, Elise. 1988. *Nous, le peuple. Les origenes du nationalisme américaine*. Ed. Gallimard. Paris.
- MARTÍNEZ, Frédéric. 1995. *En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Nuñez y Holguín (1861-1894)*. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Volumen XXXII, No. 39. Banco de la República. Bogotá.
- MELO, Jorge Orlando. 1979. *La evolución económica de Colombia, 1830-1900*. En *Manual de Historia de Colombia*. Tomo II". Ed. Colcultura. Bogotá.
- MESA, Darío. 1982. *La vida cotidiana después de Panamá*. En: *Manual de Historia de Colombia* T.III. Procultura, (2a. ed.). Bogotá.
- MILLER, David. 1997. *Sobre la nacionalidad. Auto-determinación y pluralismo cultural*. Ed. Paidós. Barcelona.
- MITRE, Bartolomé. S/f. *Compilación de artículos publicados en el periódico Los Debates entre 1852 y 1858*. En: *Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880*, Halperin Donghi, Tulio (ed.). Caracas.
- NÚÑEZ, Rafael. 1977. *Epistolario con Miguel Antonio Caro*. Ed. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá.
- . 1986. *Escritos políticos*. El Áncora Editores. Bogotá.
- . 1994. *La reforma política*. (Selección de textos) Ed. Universidad de Cartagena. Cartagena.
- . 1994. *Ensayos de crítica social*. Ed. Universidad de Cartagena. Cartagena.
- OSZLAK, Oscar. 1985. *La formación del Estado argentino*. Ed. de Belgrano. Buenos Aires.
- PALACIOS, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. E. Norma. Santafé de Bogotá.
- PÉCAUT, Daniel. 1987. *Orden y violencia. Colombia 1930-1954*. 2 vol. Ed. Siglo XXI. Bogotá.
- PÉREZ, Hésper Eduardo. 1989. *El proceso del bipartidismo colombiano y el frente nacional*. Ed. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá.
- . 1996. *Caudillos, elites y nacionalidad en los antecedentes del Estado nacional argentino*. En: *Revista Colombiana de Sociología*. Nueva Serie. Vol. III No.1 Bogotá.
- . 1997. *Poder y nación en los orígenes del Estado nacional europeo*. Serie Cuadernos de trabajo, N°17. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional. Santafé de Bogotá.

- RAMOS, Jorge Abelardo. 1973. *Del patriciado a la oligarquía 1862-1904*. Ed. Plus Ultra. Buenos Aires.
- . S/f. *La bella época 1902-1922*. Ed. Mar Dulce. Buenos Aires.
- ROCA, Julio A. S/f. *Discurso ante el Congreso al asumir la presidencia el 12 de octubre de 1880*. En: Proyecto y construcción de una nación. Argentina 1846-1880, Halperin Donghi (ed.). Caracas.
- ROMERO, José Luis. 1946. *Las ideas políticas en Argentina*. Ed FCE. México.
- . 1999. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín.
- ROMERO, Luis Alberto. 1994. *Breve historia argentina contemporánea*. Ed. FCE. México.
- TIRADO MEJÍA, Alvaro. 1979. *El Estado y la política en el siglo XIX*. En: Manual de Historia de Colombia. Tomo II. Ed. Colcultura. Bogotá.
- SAMPER, José María. 1982. *Derecho público interno de Colombia*. Ed. Temis. Bogotá.
- . S/f. *Historia de un alma*. Ed. Bedout. Bogotá.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. 1915. *Conflicto y armonía de las razas en América*. Ed. La Cultura Argentina. Buenos Aires.
- . 1928. *Condición del extranjero en América*. Ed. F. Lajoune. Buenos Aires.
- . 1959. *Textos fundamentales*. 2 vol. Fabril Ed. Buenos Aires.
- . 1969. *Facundo*. Ed. Biblioteca EDAF. Madrid.
- SCHEINES, Graciela. 1991. *Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?* Ed. Casa de las Américas. Premio 1991. La Habana.
- SERRANO GÓMEZ, Enrique. 1988. *Lo político y la política en la formación de las naciones*. Ed. Pontificia Universidad Bolivariana. Medellín.
- TORRES RIVAS, Edelberto. 1985. *La nación: problemas teóricos e históricos*. En: Estado y Política en América Latina. Ed. S. XXI. México.
- TOURAINÉ, Alain. 1997. *¿Podremos vivir juntos?* FCE. Buenos Aires.
- WEBER, Max. 1977. *Economía y sociedad*. 2 vol. FCE. México.

